GUILLERMO SHERIDAN

Saltapatrás

UNA TRAVESÍA NOCTURNA

Recorro en la noche la vereda titubeante que conduce al inodoro. Avanzo a tientas, con el alma confundida entre el sueño moroso y la súbita vigilia mingitoria. Tropiezo con la tortuga de la pantufla, busco en la sombra la evasiva perilla. Con mi control remoto onírico procuro darle *pause* al sueño agradable en que me hallaba, en vano: se me adelanta el *delete* y me quedo con apenas los jirones.

(Entro al baño. El cepillo de los dientes eléctricos, que recarga baterías para los combates de mañana, me hipnotiza con su monóculo verde mientras meo.)

Me choca perder mi sueño sin poder meter las manos, atareadas ahora en disparar el chorro tartamudo, con mínima puntería, hacia el blanco de porcelana. Menos mal que no me quemo "orinando alrededor de un gemido", verso que arrastro desde la adolescencia y que no tardará en cumplir su vaticinio. ¡Mi pobre sueño, que tanto me costó merecer, perdido para siempre! Años de engordar mi inconsciencia, de cohabitar con mi superyó y de procesar fantasías para que acabe deshilvanándose ante esa mandamás vejiga, auténtica tirana de la noche.

(En el primero de los Himnos*, Novalis canta lo imposible que es para nadie resistirse en la noche al amor de las felices luces "con sus colores, rayos y ondulaciones, con su gentil omnipresencia".)*

Porque la discordia inicia, como siempre, en el lenguaje. En esta esquina *sueño*, palabra tan azul y flotante; y en esta otra, *vejiga*, con sus ecos de manteca, palabra pujido tan escrupulosamente malencarada como su aliado en los sabotajes a mi sueño, el *riñón*, esa palabra ballena blanca con el lomo lleno de arpones.

(Las luces nocturnas de la casa son como las de las ciudades que se miran desde los aviones. Como centinelas alertas y aburridas, estrellitas domésticas, quietas luciérnagas suplentes. Mi memoria le da enter *a la veladora que, en su vasito rojo, alumbraba al Jesús que enseñaba el corazón en la casa genealógica.)*

Me humilla poseer una "vejiga". Qué asco. Ahí escondida en su caverna, Hefestos del cuerpo, masculando maldiciones y exigiendo respeto. Tan frágiles y deletéreas las palabras del ámbito soñador como toscas y rasposas las de su adversario: circadiano, oniros, histamina *versus* úrico, uretra, peritoneo. ¿Habrá un clasismo semántico que se ensaña con el cuerpo del sur, colonizado? Sabe que la aborrezco, esa estúpida vejiga vejatoria, y más en el umbral de la vejez, y se venga de los muchos años en que pude ignorarla.

(Ahora veo fosfenos por todos lados. La curiosidad me hace volver a la cama acometiendo una Odisea, inventariando cíclopes eléctricos y Circes con voltaje. Hay un firmamento de mercurio, un océano lleno de pececitos LED *y un bosque de destellos de colores y números y letras. Supongo que ponerle luces a cualquier adminículo, explotando los remanentes cavernícolas de la devoción a lo brillante, aumenta su atractivo comercial. Pulula de farolitos que alumbran apenas: parpadean las computadoras sus blancos ojos. Los teléfonos chupan protones colorados. El kindle y la tableta tienen sus semáforos en verde. El horno de microondas grita que son las 3:17, lo mismo que la estufa, con números digitales segmentados. La televisión me mira con su ojo cuadrado ciego y su ansiosa pupila roja. El módem es un ábaco insomne. La pantalla azul cobalto del sistema de seguridad inquiere si necesito una ambulancia. El aparato de sonido tiene una esquela fúnebre que anuncia su muerte a los 2:09 minutos del quinto track del* CD *4. Cuento diecisiete luces, el electrocardiograma de la casa viva.)*

Por fin vuelvo a Ítaca. Me asomo al cuarto de Telémaco y el sensor de su robot escupe un lumen. Más luces en el nuestro: el teléfono felizmente amordazado y el reloj que parpadea 3:19 a. m. Al trepar a la cama tropiezo otra vez con la pantufla, me sobresalto y despierto a Penélope. Me alegra que sus ojos luminosos no tengan luces. Ahora es ella quien se levanta. Son las 3:19. Viene otro verso, pero ahora propicio:

> ...oírte orinar, en la oscuridad, en el fondo de la casa, como vertiendo una miel delgada, trémula, argentina, obstinada...

¿Qué demonios estaba soñando?

GUILLERMO SHERIDAN es escritor. Su libro más reciente es *Habitación con retratos. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz 2* (Ediciones Era, 2015). En octubre aparecerá el tercer volumen de su biografía de Paz.